

2.

Las primeras experiencias políticas y sindicales (1962-1971)

Con un cierto bagaje político-organizativo a mis espaldas, teniendo en cuenta el secretismo de todo lo que podía oler a política y a resistencia, el año 1961 acudo a París y me entrevisté con algunos dirigentes de la cúpula del PSUC que entonces se encontraban allí y que en el futuro inmediato iban a ser personajes de relieve, como Román o López Raimundo³. En realidad, yo iba a la boda de mi cuñado Jesús en Mont-de-Marsan, sólo que, sin que nadie lo supiera —ni siquiera Agustina—, me desvié a París para entrevistarme con la dirección. Me pasé allí una semana y aproveché para que me librasen información, documentos, materiales y dinero que, en una maleta de

3. Josep Serradell “Román”, nacido en Canals (Valencia) en 1917 y fallecido en Barcelona en el 2004, fue un reconocido dirigente del PSUC durante la clandestinidad y hasta la ruptura del partido, tras la cual se incorporó al PCC y al PCPE y vivió unos años en Madrid reorganizando a los comunistas escindidos. Su compañera Margarita Abril, también fue una destacada militante comunista.

Gregorio López Raimundo (1914-2007). Secretario general del PSUC desde 1965 y presidente en 1977, fue uno de los dirigentes con mayor carisma de los comunistas catalanes durante los años de la clandestinidad y la Transición. Su compañera, fue hasta su fallecimiento, la escritora Teresa Pàmies.

doble fondo que me preparó Román, pude hacer llegar a nuestros camaradas del interior. Me detallaron la estrategia aprobada en el primer congreso del PSUC de 1956, que hacía suya la política de Reconciliación Nacional impulsada por el PCE. Les expliqué que en el interior había fuertes resistencias para aceptarla, sobre todo de la gente más veterana, porque no se entendía que pretendiéramos ponernos de acuerdo en algunos puntos con todos aquellos que posibilitaron en su día el triunfo de las tropas rebeldes, pero terminaron convenciéndome, como ha pasado siempre, de que esa era la mejor estrategia para avanzar y para caminar hacia el socialismo con paso firme. De hecho, se me pone en evidencia, quizás por primera vez de una manera descarnada, que el partido de París es el que discute y que aquí en el interior se aplican las conclusiones. A la política de Reconciliación Nacional le sigue, en muy poco tiempo la propuesta de la primera Huelga Nacional Política y la Jornada de Reconciliación Nacional en 1958. Como que desde 1951 se habían producido de manera espontánea algunos brotes de respuesta ciudadana y sindical, especialmente en Catalunya, Asturias y el País Vasco,



Jaume Valls con sus dos hijas en la terraza del piso de la calle Vallparada, en Collblanc, donde vivieron los primeros años en l'Hospitalet. Archivo familiar del autor

la dirección del partido en Francia pensó que se daban las condiciones en 1958 para extender la oleada de protestas a otros lugares donde existía contestación ciudadana y concentración industrial.

A Bellvís fue llegando durante aquel período algún material haciendo llamamientos a la huelga general —octavillas, sobre todo— que procedían directamente de París, donde se imprimían, que nos hacía llegar un enlace francés que era de Mollerussa y que nosotros nos encargábamos de distribuir, en moto y en bicicleta, a otras células del partido o simplemente por las calles, y que iban firmadas por el PSUC. Recuerdo, en concreto, que la primera reunión con un enlace proveniente de París se hizo en nuestra granja, donde el camarada al que identifiqué al bajar del autobús —porque ambos llevábamos en la mano una revista *Destino* previamente acordada—, se alojó durante un par de días. Jamás supe su nombre.

La presencia del partido en muchos municipios de Lleida, ya era de por sí un avance. La gente más motivada sentía de alguna manera que no estaba huérfana y para nosotros,

extender de aquella manera la lucha política, al modesto nivel que es fácil de entender, no dejaba de ser un orgullo militante. La huelga —otro compañero y yo, en moto, nos pasamos unos cuantos días lanzando las octavillas que nos habían llegado de París— fue un fracaso, pero en cambio la propaganda sirvió para fortalecer la idea de la organización clandestina de la primera militancia organizada. Se notó especialmente en el mundo agrario en el que me movía entonces, en las cooperativas y, algo más tarde, en la lucha contra el Canal d'Urgell. Se trataba de la batalla que pusieron en marcha las comunidades de regantes para que a los cien años de la concesión —que acababa en 1964, aunque los primeros regadíos, en realidad, se remontaban a 1862— el Canal pasara directamente a sus manos y no a manos del Estado que es lo que éste pretendía. Los incipientes comunistas del momento movilizamos a cuantos pudimos a través de las cooperativas y, por fin, el gobierno de Franco accedió a que los regantes fueran los propietarios del Canal a perpetuidad. Aquel éxito, que no fue un éxito de los comunistas, pero sí un éxito de los payeses al que contribuimos ac-

tivamente, sirvió para fortalecernos organizativamente y para crecer un poco entre la gente más activa contra el régimen. Pero hasta allí podíamos llegar. Podíamos, a lo mejor, hacer una célula más grande, organizar a algunos payeses de otras zonas, pero el crecimiento iba a ser relativo porque el payés es desconfiado por naturaleza y el clima político echaba para atrás a mucha gente sensible. Por otro lado, la granja que habíamos montado no acababa de despegar. Nos matábamos a trabajar, comprábamos varios tipos de pienso y los mezclábamos nosotros mismos pero, de cuando en cuando, el hacinamiento de los animales provocaba epidemias y grandes mortandades, por lo que mucho de lo que habías ganado se te iba en un santiamén. Y luego, las naves se hacían pequeñas porque para sacar rendimiento tenías que tener muchos animales y cada vez tenías que hacer más naves y gastar más dinero. En fin, que nos lo pensamos y en 1964 con dos criaturas, una de ellas de meses, nos vinimos a L'Hospitalet, concretamente al barrio de Collblanc-La Torrassa. Vendimos una finca de Bellvís que había heredado de un tío mío y, con el dinero que nos dieron, compramos un piso en la calle Vallparda.

Barcelona aparecía a mis ojos como una nueva realidad que encajaba mucho más con mis sueños: prosperar y conocer. Poco a poco, en mis sueños, se iba diluyendo la idea de prosperar y se iba fortaleciendo la idea de conocer. Y a medida que iba conociendo, se iba forjando además la idea de responder, de resistir, de luchar... Aquí había múltiples posibilidades de trabajo en la industria, la construcción o el comercio y, desde luego, yo imaginaba que la vida política no tendría parangón. Si en algún sitio podía hacerse fuerte el partido era en los grandes barrios barceloneses o en las grandes

concentraciones obreras metropolitanas. Y si éramos capaces de hacer un partido fuerte en las grandes ciudades industriales, el país entero iba a ir tras nuestros pasos. Los libros explicaban que el socialismo era una utopía realizable y Lenin había demostrado que un partido revolucionario y fuerte, era imprescindible. Primero había que acabar con el franquismo y eso, entonces, no nos parecía tan imposible...

Llegamos a Barcelona, y un amigo, Jaume de Cal Xafa, que trabajaba en una empresa donde arreglaban máquinas tragaperras, me dijo que podría trabajar con él. La empresa estaba en Sant Boi y yo, que no tenía ni idea de mecánica, aprendí a hacer lo mismo que hacían los demás que tampoco era tan complicado. Pasó el primer mes y nadie me dijo nada de cobrar y luego el segundo mes y tampoco. Entonces yo le dije al jefe que qué pasaba conmigo, que si se pensaban que iba a pasarme las semanas trabajando como los demás sin cobrar nada y el hombre me dijo que primero tenía que aprender y que luego ya cobraría. Tenía 34 años y le dije que un obrero de 34 años ya no tenía edad ni condiciones de aprendiz y que yo hacía el trabajo que me mandaban y no habían tenido queja. Total, que me fui porque yo tenía un oficio y en Barcelona había muchas panaderías y como que el trabajo era muy esclavo siempre se producían vacantes. Entonces fue cuando un amigo mío del Poal que era panadero, al que encontré por pura casualidad, me dijo que al día siguiente podía incorporarme a su empresa, si quería, porque había que substituir a un compañero. A primeros de los 60 las cosas estaban así en Barcelona. El que quería trabajar encontraba una ocupación de un día para otro y eso tenía un efecto llamada que hizo que media Andalucía

y media Extremadura vinieran a Catalunya a ganarse la vida como a primeros de siglo habían hecho los murcianos y los aragoneses.

Los panaderos estaban bien organizados en el sindicato vertical. Eran como una corporación muy cerrada, de manera que cuando acabamos con el vertical, los empresarios enseguida se constituyeron en gremio. Pero los trabajadores también se reunían. Yo iba muchas veces a la Plaza Española de La Torrassa para encontrarme con ellos y siempre localizaban un trabajo de substitución: una semana aquí, otra allí... y así me pasé tres meses largos de panadero en l'Hospitalet y Barcelona. Hasta que me pareció que debía buscar alguna cosa más estable y donde además pudiera introducirme sindicalmente. Me hablaron de la Seat, donde entonces ya había más de diez mil trabajadores y seguían contratando a cientos. Allí me hicieron unas pruebas psicotécnicas que pasé sin problema y cuando ya me iban a hacer el contrato, descubrieron que tenía un problema en un dedo de la mano, de un accidente de cuando era joven, y no me quisieron aceptar —siempre pensé que ese no era el verdadero motivo. Cogí el cabreo que es imaginable, y como pensaba que aquello no podía terminar así, se me ocurrió ir a pedir una mediación al jefe militar del cuartel de Lepanto, un teniente coronel que era de mi pueblo y al que conocía porque mi mujer había trabajado en su casa durante dos años y con el que mantenía una cierta amistad. Me presenté en el cuartel y este hombre, que era una buena persona y seguramente mucho más abierto políticamente que otros colegas suyos —sólo hay que recordar que en la Transición el Cuartel de Lepanto jugó un papel significativo porque había un grupo de militares de la UMD (Unión Militar Democrática)— me dijo que él en la

Seat no tenía mucha mano pero que, en cambio, me podía encontrar un puesto de trabajo en Enmasa, que era la antigua fábrica Elizalde que construía motores de aviación. Allí trabajaban tres mil personas y el hombre me hizo una carta de recomendación para el director, pidiéndole un puesto de cierta responsabilidad porque yo era un buen trabajador y una buena persona, etc. Y me fui a ver al director con aquella carta y el hombre me dijo que “volviera al cabo de 15 días que tendría trabajo para toda la vida” porque la persona que me recomendaba estaba dando la cara por mi.

O sea que yo había ido al Cuartel de Lepanto para que reparase la injusticia de Seat y ahora me encontraba con una carta de recomendación de un militar que daba la cara por mi y al que yo, sinceramente, guardaba un cierto aprecio. Una carta para trabajar en una gran empresa de 3.000 trabajadores y con perspectivas de crecer, precisamente el lugar que yo estaba buscando para ganarme la vida, pero también para organizar sindicalmente a la gente y para acercarlos al partido. Yo era un comunista que iba a utilizar la palabra y la recomendación de un amigo, para crearle complicaciones en cuanto se descubriera mi condición. Y no volví. Yo creo que acerté, porque no hubiera podido realizar libremente el trabajo al que empezaba a dedicarme en cuerpo y alma.

Tanto es así que, estando ya trabajando en la Samper (marzo de 1965), Pardell, un dirigente del partido procedente de Tarragona vinculado al aparato de organización del Comité Central, me fue asignado como contacto con la dirección para mantener y aumentar la organización en las comarcas leridanas. De manera que, durante un año más o menos, cada 15 días cogía el tren hacia Lleida, sin que

Fachada de la antigua fundición Samper, en La Torrassa, donde trabajó Jaume Valls los primeros años como verificador y donde se constituyeron las primeras Comisiones Obreras de l'Hospitalet



lo supiera ni mi mujer, para mantener reuniones del partido con los compañeros de comarcas, en Lleida, en Balaguer, en Tremp...

Alguna vez me encontraba por casualidad con algún conocido de Bellvís que se extrañaba de verme por allí, sólo y con prisas, y luego lo comentaba a mi familia del pueblo que no podían creérselo, claro... porque yo ni avisaba a nadie ni me pasaba por Bellvís para no comprometer a los conocidos ni comprometerme yo. La verdad es que estaba un poco harto de aquello, no tanto por el sacrificio que representaba, —que también—, sino porque aquel contacto directo con gente de la dirección me obligaba a una clandestinidad de facto que a mi me costaba mantener. Mi carácter no era el de un topo. Yo era una persona extrovertida que tenía un cierto ascendente sobre mis amigos y compañeros, que solían escucharme porque les hablaba en su mismo lenguaje y porque lo que yo sufría lo sufrían ellos conmigo. Era uno entre iguales y yo sentía que en esa posición tan clandestina que el partido me otorgaba se perdía una gran posibilidad de influir sobre la gente que compartía conmigo trabajo y barrio.

Un poco antes llegó lo de la Samper, prácticamente por casualidad. La Samper era una mediana fundición de unos 150 trabajadores que estaba en la calle Farnés de La To-

rrassa, muy cerca de la calle Vallparda, donde vivía. Un día, pasando por allí, vi que había un cartel en la puerta que ofrecía trabajo y me presenté. Descubrí bien pronto que, en aquellos años, en la Samper se trabajaban doce horas diarias de lunes a viernes y también el sábado por la mañana. Sólo se ofrecían 14 días de vacaciones y un jornal mensual de 1.800 ptas. Si entraba a trabajar en esa empresa, entraría como uno más, sin recomendación alguna, pero las cosas se iban a complicar enseguida. Nada más entrar descubrí que el jefe de personal, un tal Lluís Mallals, era un conocido mío de Bellvís —con el que, por cierto, me sigo viendo—. ¡Menuda casualidad! Como era de esperar, me acogió con los brazos abiertos y me puso en un torno automático y luego en el departamento de verificación, trabajando como cualquier otro obrero. Y allí empezó de hecho una nueva fase en mi vida, caracterizada por la lucha sindical y el trabajo político por encima de cualquier otra cuestión.

En muy poco tiempo se consiguieron dos cosas en aquella empresa: crear un movimiento sindical y estructurar una comisión obrera y constituir una célula del partido conmigo y otros tres o cuatro compañeros. No fue excesivamente complicado. Como a mi me gustaba hablar y explicaba las cosas como las sentía y como además estaba en el tajo al

mismo nivel que los demás, enseguida conseguía aglutinar voluntades. Los compañeros comprendían que mis propuestas pretendían mejorar las condiciones de trabajo, y la falta de libertad para organizarnos ponía en cuestión todo el aparato del sindicato vertical y de paso la dictadura, el régimen franquista que favorecía a los poderosos y dejaba a la clase obrera indefensa. Así es como a la salida del trabajo nos íbamos a tomar una cerveza al bar de al lado y lo que fueron charlas informales sobre los derechos que teníamos como trabajadores, se fue convirtiendo poco a poco en auténticas asambleas de la empresa, la Samper, en el altílllo de aquel bar donde nadie sospechó jamás que estábamos haciendo sindicalismo en horas libres. Llegamos a ser más de 40 trabajadores de una plantilla de 150 y la cosa iba en aumento, de manera que tuvimos que pedir permiso para reunirnos en el local de una peña taurina que estaba cerca de allí y donde estuvimos haciendo asambleas después del trabajo prácticamente durante un año entero.

El resultado fue el que os podéis imaginar. Se desató un conflicto y, cuando Mallals se enteró de que yo era uno de los cabecillas, me echó una bronca del copón. Me llamó irresponsable, armadanzas, en fin... estaba muy cabreado, pero conseguí ponerle en su sitio porque yo no le debía a él mi puesto de trabajo y yo tenía derecho a pensar de una manera y a poner en práctica lo que consideraba defensa de nuestros intereses como clase y además... nunca tuvo que poner en entredicho ni mi dedicación ni mi trabajo, así que yo era libre de pensar y de hacer, y mis ideas eran mías y no iba a ser él quien me las cambiara. Se lo dije tan decidido que acabó abrazándome y pidiéndome disculpas. Me dijo: “esta gente —los obreros de la fábrica— están

mejor que tu y no necesitan que nadie los defienda: que se defiendan solos. Si estás de acuerdo, en quince días te hago encargado”. Yo decline la oferta, claro está, porque ya veía que lo que quería era en realidad comprarme, y yo no estaba en venta.

Así que en poco tiempo constituimos la primera Comisión Obrera que existió en l’Hospitalet —estamos hablando de 1966— y empezamos a coordinarnos con las que nacían en el Baix Llobregat y con las de Barcelona, que empezaban a reunirse en la parroquia de Sant Medir en La Bordeta. Por cierto, que es de esos días (1967) la primera caída de militantes obreros, entre ellos algunos de la Samper, mientras estábamos reunidos en el barrio de La Almeda en Cornellà, en la parroquia que regentaba entonces el padre Oleguer Bellavista. De l’Hospitalet íbamos una docena y fueron detenidos tres compañeros de Samper y otro que estaba organizado en Cornellà pero que también vivía en l’Hospitalet —un tal García—. Aquel día, el resto nos pudimos escapar porque las detenciones se produjeron en la estación del carrilet y nosotros ya no estábamos.

Por cierto que, a raíz de darle entidad a la Comisión Obrera de Samper, yo propuse al partido cambiar mi estatus y dejar de ser clandestino orgánico para poder dar la cara, ante mis compañeros de confianza —no hacia el exterior—, como militante comunista. Es de esa época que los compañeros de la dirección aceptan mi propuesta y organizamos la primera célula del partido en l’Hospitalet con comunistas de la ciudad, como Felipe Gómez, que militaban entonces en el sector 3 de Barcelona (Sants-Montjuic/Zona Franca), más los militantes de Samper. Felipe Cruz, su mujer Pura Fernández y algunos compañeros comunistas de primera hora como María Flores y su

marido José Hernández, o Ana María Morato, ya habían sido detenidos en ese mismo año en Torre Baró (Barcelona) por el comisario Creix en vísperas del Primero de Mayo. Es curioso que la coordinación política del partido tenía un enlace claro con Barcelona, a través del sector 3, por lo menos en sus inicios, mientras que por lo que respecta al movimiento sindical dejamos muy pronto de acudir a Sant Medir porque considerábamos que La Almeda nos quedaba más cerca no sólo territorialmente, sino como estructura obrera organizada. Así fue como, sin comerlo ni beberlo, me incorporé en la misma organización —que incluía Zona Franca— con los tres o cuatro comunistas que había en Seat, la fábrica que, de alguna manera, había sido mi objetivo militante unos años atrás.

Como que la Comisión Obrera de Samper no hacía más que crecer y cada vez tenía más fuerza, la empresa decidió poner coto a la situación antes de que fuera irreversible. En lugar de despedir, que hubiera generado un conflicto enorme, pensó que podía conseguir el mismo efecto sin tanto ruido, aunque le costara más dinero. De esta manera, en poco tiempo, empezó a hacer ofertas públicas de rescisiones de contrato mediante indemnizaciones. Primero empezaron ofreciendo 10.000 pesetas, después 20.000, un poco más tarde 30.000 y la gente iba cogiendo el dinero y se iba yendo. Al final llegaron a ofrecer 40.000 pesetas y consiguieron que la plantilla quedase reducida a unos 40 trabajadores que íbamos resistiendo lo que podíamos. Al final fueron descaradamente a por nosotros. Debilitado el movimiento, prácticamente desmantelada la Comisión, me llamaron un día y me dijeron directamente que yo en aquella empresa no tenía futuro y que lo mejor era que

hiciera como habían hecho el resto. Les dije que no y me dijeron que pusiera una cifra. Como yo sabía que lo máximo que habían dado eran 40.000 pesetas les dije a mis compañeros que si pedía 60.000 no me las iban a dar y que, por lo tanto, si me tentaban, pondría sobre la mesa una cantidad desorbitada que les haría perder las ganas. Los compañeros que quedaban me dijeron que estábamos llegando al final del recorrido y que el trabajo que habíamos hecho en la Samper no se iba a perder, que todos encontraríamos trabajo en otras empresas donde, con la experiencia que habíamos cogido, seríamos capaces de multiplicar la organización. Yo estaba dispuesto a resistir hasta el final, pero el patrono ya lo había decidido y me llamó reiteradamente. Cuando le dije que sólo me iría si me daba 80.000 pesetas, una cantidad que estaba seguro que no aceptaría, sacó la cantidad en fajos de billetes y encima sacó otras dos mil pesetas de la semana y me dijo: “Coge todo esto y mañana no vengas”.

Lo cogí... con un sentimiento ambiguo. Ochenta mil pesetas de la época era un dineral y a nosotros aquello nos arreglaba la vida. Bajé perplejo hasta mis compañeros y les expliqué lo que había pasado. Conmigo trabajaba José Carrasco, un amigo y camarada, de los primeros. Resistió, como yo, hasta el final. Cuando hablé con él le dije: Carrasco, ahora van a por ti. No creo que te den más de 80.000 pesetas y si te quieres quedar, ya sabes que has de pedir por encima de esto. A Carrasco le dieron 120.000. Si yo me quedé perplejo, él quedó medio traumatizado. Tenía la sensación de que aquello era una traición, que nos habíamos vendido al capital. Yo intenté explicarle que nosotros habíamos sido los últimos, que en Samper ya no se iba a poder en mucho

tiempo organizar de nuevo a los trabajadores, que el patrono estaba dispuesto a controlar al máximo el tipo de obreros nuevos a contratar y que nosotros seguíamos manteniendo nuestra ideología intacta y que mantendríamos la lucha allí donde fuéramos. Que la mejor prueba de que no nos habían comprado, la íbamos a poder demostrar en los años siguientes...

Pese a todo, nos costó, y eso que yo ya estaba un poco harto de la fábrica. Era la primera experiencia de un trabajo de estas características y, puestos a cambiar, iba a buscar alguna cosa que me acercara más a lo que yo había estado haciendo en el pueblo, un trabajo al aire libre, pero donde también hubiera compañeros a los que convencer. La solución fue el mundo de la construcción. Después de ser mecánico... sería paleta.

Y así fue como entré en la constructora La Llave de Oro, a través de un anuncio de *La Vanguardia* donde pedían paletas. Yo no era paleta, claro está. Como mucho, podía ser peón porque ya había hecho algunas cosas de construcción en Bellvís pero siempre con algunos que sabían más que yo. Pese a todo, me presenté como paleta y cuando vieron que no tenía mucha idea me colocaron de regatista con el lampista, todo el día con la escarpa y la maceta haciendo agujeros en el hormigón. Poco a poco fui cogiendo destreza y, como me había pasado un montón de tiempo de verificador en la Samper, era bastante diestro en trabajos de precisión. Esto aplicado a la albañilería suele dar buen resultado porque el oficial de primera suele hacer las cosas de corrido, a ojo, sin precisar demasiado, mientras que yo, todo lo medía, todo lo ajustaba y claro, al final, puede que un poco más lento, pero el trabajo salía perfecto. Tanto es así que

empecé a hacer obra vista, a terminar fachadas, trabajos que no le encargan a cualquiera y que yo solía hacer muy bien. Ya era oficial de segunda, gracias a la práctica, y notaba que los jefes estaban satisfechos con mi trabajo hasta el punto de que un día me llama el encargado para decirme que le sabía mal tenerme como oficial de segunda cuando estaba claro que yo era un buen oficial de primera y que su olfato le había engañado porque al principio pensaba que yo no era albañil. Tanto se disculpó el hombre que acabé diciéndole que pensaba que me merecía ser oficial de primera pero que era cierto que cuando llegué a la empresa no había trabajado jamás de paleta. No se lo podía creer...

Estábamos en la primavera de 1968 —yo debía llevar unos 8 meses en la nueva empresa— y seguíamos con nuestro trabajo político en la célula de l’Hospitalet cuando decidimos que ya era hora de celebrar un Primero de Mayo en nuestra ciudad como correspondía, convocado por Comisiones Obreras, siguiendo los consejos de Marcelino Camacho que insistía en que debíamos darnos a conocer como sindicalistas de Comisiones. Hicimos correr la voz para que fuera una convocatoria unitaria, de modo que, en la preparación, no sólo había gente del PSUC sino de otras organizaciones menores. Por aquellos días se habían producido detenciones en una concentración en Vía Layetana y algunos compañeros fueron torturados hasta que confesaron, sin que nadie lo supiera, que en la parroquia de Santa Eulàlia en l’Hospitalet —y en algunos otros lugares— se estaba preparando un Primero de Mayo.

Fue un 23 de abril. La policía nos rodeó y excepto un par de compañeros que pudieron huir a través de la iglesia, los demás fuimos de-



La Jefatura Central de la policía en Via Laietana de Barcelona, escenario de las torturas a los represaliados durante el franquismo y, a la derecha, la cárcel Modelo

tenidos in fraganti, a medida que íbamos saliendo, y metidos en los coches de la BPS. Caímos 11 compañeros y aquella iba a ser la primera de unas cuantas detenciones sobre mis espaldas. Y la primera experiencia seria, para poder contrastar lo que habíamos aprendido en el partido, con la realidad. Todos sabíamos que, con nuestro compromiso político y sindical, corríamos peligro de cárcel. Pero también sabíamos, que dependía de nuestro valor individual, que no cayeran más compañeros y que no se dismantelara un movimiento que costaba enormes esfuerzos y peligros organizar. Así que nos repetíamos a menudo que no debíamos hablar, aunque no hubiera problema en decir que éramos sindicalistas. La policía ya sacaba sus propias conclusiones: si éramos sindicalistas es que éramos de Comisiones Obreras y si éramos de Comisiones Obreras es que éramos rojos y comunistas. No hacía falta decir más. Pero una cosa es la teoría y otra muy distinta la realidad y, en comisaría, los golpes, las torturas y la humillación constante hace mella en las personas más fuertes y, no digamos ya, en las más débiles. Son muy pocos los que resisten a la brutalidad y al dolor físico...

Pues bien, nada más entrar en comisaría nos separaron y, uno a uno, nos pidieron la documentación y las llaves de casa. Mi primera reacción fue negarme. Yo no quería dar la documentación porque no sabía si tenían derecho a pedírmela y mucho menos las llaves de mi casa, porque mi casa era mía... Así que vino el famoso comisario Creix que no hacía más que fanfarronear delante de sus hombres sobre lo débiles que éramos los rojos y la cantidad de cosas que íbamos a cantar y, al otro lado de su mesa de despacho insistió de nuevo en pedirme la documentación y las llaves. Me negué y me obligó a levantar las manos. De golpe, sin esperármelo, me clavó con un fuerte golpe, sus dedos en el hígado, en el estómago, no sé donde más. Yo caí retorcido, claro está, y me pasé quince días orinando sangre.

Aquella era una manera de saludarte, de decirte que allí en sus manos no eras nada y que lo que te pidieran lo ibas a dar sí o sí. Era un gigantón aquel hombre. Y un déspota. Y un malnacido. Estuve una semana con el hígado hecho polvo e incomunicado. Había detenidos que enseguida suplicaban, que explicaban lo poco que sabían y muy pronto eran ubicados en celdas con otros presos, pero los que nos

resistíamos éramos considerados los peces gordos, nos incomunicaban y nos ponían a caldo. En aquellos días también cayeron Felipe Cruz y Avelino Agudo. El comisario Creix ya los conocía porque habían sido detenidos otras veces. Unos y otros ya tenían experiencia y los policías se ensañaron con ellos como pasaba siempre que eran detenidos. Y como pasaba siempre, ni Felipe ni Avelino decían una palabra. Creix ya lo sabía que no iban a cantar, pero se regodeaba masacrándolos para que escarmentaran, aunque sabía que sólo lo podría conseguir a base de detenerlos tantas veces como pudiera. Tener a esos detenidos conocidos alivió el sufrimiento de los que éramos nuevos, porque se suponía que ellos eran los jefes. Y así fue como, a los tres días, nos llevaron a la Modelo.

Fue, como se decía entonces, una caída limpia, sin delaciones. Y, por lo tanto, considerada una victoria. De hecho, fuimos los primeros en llegar a la Modelo, pero detrás de nosotros no paraban de llegar sindicalistas detenidos que también estaban organizando el Primero de Mayo. Aquello, en el fondo, terminó siendo una satisfacción. Ver que había cerca de 200 compañeros comprometidos, hasta el extremo de ser detenidos y encarcelados nos subía la moral. Nos parecía que no estábamos tan solos y que la rebelión iba creciendo poco a poco, pero de manera imparable.

En la Modelo, además, el clima ya no era de terror como en la comisaría. Muy al contrario, te encontrabas incluso con algunos funcionarios que tenían una cierta debilidad por los presos sindicales y políticos y se ofrecían a hacernos la vida lo más cómoda posible. Allí podíamos pedir a algunos que nos cambiaran de celda, con la intención de poder hacer trabajos de coordinación o reuniones secretas, y no po-

nían impedimento. Así nos pasamos entre dos meses y dos meses y medio, aprovechando para seguir haciendo labor de partido y para aprender algo. Hicimos clases de catalán, por ejemplo...

Al final, por esta detención fuimos al TOP (Tribunal de Orden Público de Madrid) en el año 1971. Nos pedían un año de cárcel y al final nos sentenciaron a seis meses. Seis meses de privación de libertad por el inmenso delito de reunirnos para organizar una manifestación del Primero de Mayo. Así eran las cosas durante el franquismo.

Nada más salir de la Modelo, acudí de nuevo a La Llave de Oro para reincorporarme y le dije al encargado: mira, vengo a decirte que ya nos han dejado libres y que mañana vuelvo al trabajo. Y el hombre me respondió: no, aquí no te puedes incorporar porque yo pensaba que te habían trasladado de puesto y tu lugar ya está cubierto. Pero, ¿cómo que me habían trasladado? Tu tenías que saber que estaba detenido por ser de Comisiones Obreras, tal como explicaron los periódicos... Total, que el hombre me increpó y me dijo que la culpa era mía por meterme en líos y que allí no hacía falta que volviera. Y entonces le dije que me explicara donde podía localizar al jefe de personal o al dueño de la empresa, que le quería justificar mi situación. Y así lo hice.

Tras un breve contacto con el jefe de personal me anunció que, en efecto, estaba despedido. Y yo le insistí que no podían despedirme por la detención, porque eso me impedía acudir al trabajo y que no era culpa mía que me detuvieran por reivindicar un derecho y, que, en todo caso, que afirmara que me despedía en ese momento de manera injustificada. Como no sabía qué decirme, me invitó a que volviera por la noche que estaría el ge-

rente y fundador de la empresa, Lluís Marsà, para que hablara con él. Y así lo hice. Y me encontré con la sorpresa de que ese hombre me aseguró que simpatizaba con nuestras ideas y que alguien muy próximo a él, era también de los nuestros. Y que no me preocupara, que mientras él se mantuviera en la empresa a mi no me iba a faltar un puesto de trabajo. Este hombre tenía entonces unos 50 años y hacía casi 25 que había fundado La Llave de Oro, que todavía existe y que hoy dirige su hijo. Aquel día me dijo que eligiera una obra y yo le pedí la que estaban haciendo en la Diagonal en el Parque Cervantes para estar más cerca de l'Hospitalet.

También me aconsejó que hablara con el jefe de los arquitectos o de los aparejadores, no recuerdo muy bien, y este hombre, el arquitecto o aparejador, llegó incluso a abrazarme, a decirme que no había visto nunca directamente a un comunista y que incluso estaba dispuesto a ayudarnos en la medida de sus posibilidades. No recuerdo como se llamaba este hombre, Viñas o Vives... El caso es que me dijo que conocía a Alfonso Carlos Comín y que se consideraba un cristiano progresista. Me invitó incluso a su casa en un par de ocasiones y tuvimos un contacto posterior porque necesitábamos de alguien al margen de la organización que nos diera un golpe de mano...

Resulta que, a Ángel Rozas⁴, uno de los sindicalistas comunistas de más prestigio en estos años y que ya había sido detenido en va-

4. Ángel Rozas, fue uno de los primeros sindicalistas y militantes del PSUC. Participó ya en 1951 en la huelga de tranvías y más tarde en la asamblea de la Comisión Obrera Central de Barcelona, que se realizó en la parroquia de Sant Medir en Sants en 1964. Vivió unos años en la barriada de Collblanc. Murió en 2010 en Barcelona.

rias ocasiones, lo teníamos escondido de manera clandestina desde hacía seis meses en una torre de un simpatizante en Las Planas, que hacía a la vez de estafeta. Como ya llevaba mucho tiempo, el partido decidió trasladarlo de sitio mientras se gestionaba una nueva documentación que le permitiera traspasar la frontera hacia Francia sin demasiado peligro. Así que le pedí a aquel hombre que albergara a Rozas durante el tiempo que pudiera, quince días, un mes, un mes y medio. Al principio dijo que sí, pero luego explicó que a su mujer le daba mucho miedo aquello y que no podía hacerlo...

El caso es que te encontrabas con circunstancias muy peculiares: gente de la que no podías ni sospechar que simpatizara con la oposición al régimen y que estaba dispuesta a comprometerse en la medida de sus posibilidades y trabajadores que no querían saber nada de derechos sindicales ni de libertades cívicas. Y un partido que apenas tenía fuerza y que, como mucho, ponía un abogado a tu disposición y enviaba a tu casa muy buenas palabras y mucho consuelo para que la familia soportara los meses sin sueldo y el drama de las detenciones. Yo recuerdo de aquellos años un par de abogados que nos ponía el partido: August Gil Matamala y Josep Solé Barberà⁵.

5. August Gil Matamala (Barcelona, 1934) es un abogado experto en Derechos Humanos que durante muchos años defendió a militantes de Comisiones Obreras ante el TOP. Preside la Asociación de Abogados Europeos Demócratas desde 1990. Su padre fue maestro en l'Hospitalet, donde murió en 1969. August Gil defendió en 1974 a tres periodistas de l'Hospitalet en su contencioso con la empresa de La Voz del Llobregat (uno de esos periodistas es el transcriptor de este libro). Es el padre de la actriz Ariadna Gil. Josep Solé Barberà, nacido en Llívia en 1913 y fallecido en Barcelona en 1988, ingresó en el PSUC nada más

Sobre todo del primero, aprendimos muchas cosas, porque aparte de defendernos nos informaba de la marcha de la oposición, de la respuesta internacional, del incremento de afiliados a Comisiones Obreras, datos que sin duda nos elevaban la moral y nos ponían en evidencia que no estábamos tan solos como imaginábamos. Pero había poco más que rascar. Luchábamos, como aquel que dice, a pecho descubierto, porque el partido apenas representaba nada para las autoridades como no fuera para agravarte la condena.

Para nosotros el auténtico apoyo era la familia, nuestras mujeres de manera especial, porque nosotros ya calculábamos lo que nos podía pasar y lo asumíamos por avanzado. Pero para nuestras mujeres era una incógnita absoluta. Primero el miedo: miedo a lo que nos podían hacer en comisaría, miedo por las condenas que podían suponer años de cárcel y por lo tanto problemas y más problemas, miedo por la marginación que suponía tener al marido o al padre encarcelado, miedo a la policía y a la guardia civil, miedo al maltrato de palabra que recibían de manera permanente sin haber hecho nada para merecerlo. Y después, la necesidad de solidarizarse con nuestro esfuerzo y con nuestra lucha, porque vivían con nosotros, a nuestro lado. El esfuerzo por comprendernos y por darnos moral en los peores momentos y luego la indispensable ayuda que significaba que te llevaran una manta a la cárcel o un simple bocadillo. Nada

fundarse el partido, en 1936. Fue condenado a muerte por Franco en 1939 y posteriormente indultado. Fue diputado en el Congreso en 1977 por el PSUC y redactor del Estatut de Autonomia de Catalunya de 1979. Actuó como defensor en el Proceso de Burgos contra militantes de ETA y durante muchos años defendió a militantes comunistas y obreros represaliados.

de eso lo podía hacer el partido. Eso lo hacían las mujeres, los hijos, los familiares más cercanos. Nadie sabe lo que ha significado su esfuerzo y su comprensión callada. Nadie sabe cómo ha ayudado eso a la lucha por las libertades.

Una vez reincorporado a La Llave de Oro seguí con mi trabajo sindical desde el primer día y de obra en obra, porque cuando se acababa una (y terminaba el contrato por obra que teníamos) enseguida te enviaban a otra si estaban satisfechos con tu trabajo. Así fui pasando de una a otra. Casi siempre las buscaba en l'Hospitalet —alguna vez me tocó trabajar en Nou Barris y me pasaba casi una hora en moto para ir y volver del trabajo—, cerca de casa, porque de ese modo podíamos integrarnos más en el municipio y hacer que el partido tuviera una organización estable en la ciudad. Durante ese tiempo, todos los que éramos militantes comunistas, constituíamos una célula del partido y una comisión obrera en cada obra, repartíamos el Mundo Obrero y hacíamos colectas para los presos, porque siempre había gente detenida y era imprescindible ayudar a sus familias y a los abogados que tenían que defenderlos. Algunos de los mejores sindicalistas de entonces Vera, Moreno, Valera (que llegó a ser secretario general de la Construcción de CCOO), trabajaron conmigo en La Llave de Oro y formamos juntos la célula del partido y la comisión de la empresa.

Por aquellos días, creo recordar, hicimos un encuentro de sindicalistas de CCOO de la construcción en Terrassa. No fue ni una conferencia ni un congreso ni nada que tenga un lugar en la historia, pero representó un paso decisivo para la organización sindical. Allí decidimos que los militantes obreros de la construcción deberíamos hacer un esfuerzo por

incorporarnos a obras importantes donde se concentraban muchos trabajadores y abandonar las obras pequeñas donde el nivel de influencia sindical podía ser mucho menor. Por eso, después de La Llave de Oro, busqué en que lugares había grandes obras programadas y me encontré con la construcción de Mercabarna donde trabajábamos 500 personas.

Era común, entonces, trabajar a destajo, un sistema de construcción que le era muy rentable a las empresas porque, aunque pagaban un poco más, se construía con mucha rapidez. Para los obreros especializados y veteranos suponía un sistema rentable, pero para los nuevos era un peligro total porque, debido a la rapidez que imponía el destajo, solía abandonarse la seguridad. El caso es que yo, que ya tenía bastante experiencia en el proselitismo sindical, acudía muchos días al trabajo con mi bolsa de la fiambarrera repleta de *Mundos Obreros* que repartía a la hora del almuerzo. Había de todo: gente que rechazaba el periódico, gente que lo estaba esperando y lo compraba y gente que lo compraba por compromiso y que ya veías que no se iba a poner en contra, pero tampoco a favor. Con la gente más proclive enseguida se iniciaba una conversación sobre el sistema de trabajo, sobre la seguridad, sobre el destajo... y de ese modo, muy pronto, se veían las posibilidades para reivindicar mejoras salariales y libertad sindical. Acabé siendo una especie de “cabecilla” en aquella obra de Mercabarna, hasta el punto de que preparamos una huelga de celo para protestar por los destajos abusivos, y acordamos no poner más que 60 tochos diarios. Cuando decidimos ponerlo en práctica, los oficiales me iban mirando a mi y cada vez que yo ponía un tocho, ellos hacían lo mismo... de

manera que el ritmo era tan pausado que muy pronto llamó la atención.

Los encargados se dieron cuenta de que allí estaba pasando algo anormal y empezaron a despedir gente con diversas excusas. La mayoría de los encargados sabían que yo llevaba a la obra el *Mundo Obrero*, que llevaba octavillas, que aprovechaba los ratos libres para hablar de Comisiones Obreras, pero a mi no se atrevían a despedirme. Iban eliminando a la gente más motivada con mil excusas injustas —a menudo con críticas sobre el trabajo realizado— hasta que por fin me despedían a mi cuando sabían que ya apenas quedaban trabajadores combativos para dar apoyo.

Estamos hablando de 1967, pero he de explicar un acontecimiento políticamente trascendental de unos meses antes. Nosotros pertenecíamos a la célula del partido del sector 3 que, como ya he explicado comprendía l’Hospitalet, Sants, la Zona Franca, Poble Sec, etc. Y teníamos un contacto que dependía de la Ejecutiva que tenía como nombre de guerra el de Miguel. Era un liberado del Comité Central y aparte de traernos información y documentos, pasaba las consignas del partido y aprovechaba para aleccionarnos un poco, que buena falta nos hacía. Confiábamos en él como era preceptivo y sabíamos de su fuerte compromiso con el partido. En aquellos años, el viejo Mao tse Tung acababa de llegar nuevamente al poder para reforzar la Revolución Cultural y se había hecho una gran difusión internacional de su *Libro Rojo* en el que señalaba la necesidad de la revolución permanente para que los regímenes socialistas no cayeran de nuevo en el capitalismo, acentuando una velada crítica hacia sus vecinos soviéticos. El nuevo maoísmo estaba en ascenso y esto lastró a los partidos comunistas de la Europa oc-



Un ejemplar del año 72 del periódico *Unidad* del comité de Barcelona del PSUC, y un ejemplar de *Trebball*, órgano del Comité Central. La prensa del partido era un eficaz medio de divulgación del espíritu combativo de los comunistas

cidental donde hubo desavenencias y disensiones. Aquí no nos ahorramos el conflicto. En la Universidad, el grupo *Unidad*, en el que se enclavaba nuestro contacto Miguel, inició la escisión que daría lugar al Partido Comunista Internacional, con una severa crítica hacia la dirección del Partido Comunista de España y del PSUC, en Francia. Y esa crítica se trasladó a nuestra célula donde, en una noche en mi casa, nos convenció de que debíamos abandonar el PSUC para formar un nuevo partido. Muchos nos quedamos estupefactos, pero en esa reunión apenas reaccionamos. La ruptura duró unas pocas horas, las necesarias para aclarar con miembros de la dirección interior lo que estaba pasando y volver de nuevo a la disciplina del PSUC. Pero aquella escisión fue sonada porque el PCI acabó consolidándose; con el tiempo, sus militantes constituirían el Partido del Trabajo de España, y muy pronto se mostraron muy beligerantes con el PSUC y con lo que ellos llamaban revisionismo, hasta el punto de que hubo una muerte violenta en La Florida que jamás se acabó de concretar, pero que los rumores situaban en la órbita del partido recién constituido. Aquello, a la gente de base nos creó mucha confusión, un claro desconcierto y bastante desasosiego. No nos

podíamos acostumbrar a la idea de trabajar en dos frentes abiertos: el franquismo y las disensiones internas. Con el tiempo teníamos que llegar a la conclusión de que todo ello formaba parte de nuestro ADN comunista...

Por cierto, que una de las actividades más destacadas, aparte de las reuniones sindicales en los lugares de trabajo, se centraba en la difusión del *Mundo Obrero* y de los materiales del partido. Ya he explicado que el periódico del PC era la llave para abrir conciencias, pero también era un ejercicio arriesgado porque si te pillaban con propaganda ilegal, la detención estaba asegurada. Por eso la estafeta —la casa donde llegaba el material desde el exterior— era un lugar muy cuidado. Nuestra estafeta estaba en casa de ese compañero que vivía en Las Planas y que no tenía otra función en el partido más que esa: hacer de buzón. Allí iba yo a recoger la propaganda con mi vespa cada vez que recibía un aviso. Llegaba a casa y guardaba el material en tres o cuatro zulos que me había fabricado al efecto: en los tabiques, en el suelo y en el techo. Lugares imposibles de localizar si no sabías que existían. También un vecino de confianza me había guardado paquetes alguna vez. La mayoría de días cargaba 12 o 15 ejemplares en

mi bolsa de la comida y me aseguraba de repartirlos y cobrarlos. Esto, durante años...

La cosa viene a cuento porque fue la propaganda del partido lo que me llevó de nuevo a la Modelo un par de años después, en septiembre de 1969. Ese año, en enero, el gobierno decretó el último Estado de Excepción que vivió el país durante el franquismo. Se produjo a causa del clima de exaltación popular que se vivía en algunas ciudades importantes y que en Barcelona coincidió con la ocupación del rectorado y la defenestración de un busto del general Franco. Aunque los decretos restrictivos se levantaron pronto, el clima de descontento social fue en aumento y todavía se encenderían más los ánimos al año siguiente cuando se produjo un momento culminante con el juicio de guerra en Burgos contra militantes de ETA. El caso es que, como consecuencia de esta situación, se produjeron en muchas partes del país caídas y detenciones. Una de ellas se produjo en el Besós. Un anti-guo compañero de la Samper, que había militado en nuestra célula, fue delatado por otro compañero y detenido en su casa. Lo metieron en un coche celular de la policía y, cuando vio la ocasión, abrió la puerta del coche y echó a correr. Era un tío joven y robusto pero los aires de la fundición, donde había trabajado bastante tiempo, habían erosionado sus pulmones y no pudo correr lo suficiente, de modo que lo cogieron. Para que no corriera más y como escarmiento, le retorcieron las rodillas y se las desencajaron. Si sólo por intentar escapar le habían hecho aquello, cualquiera podía imaginarse lo que le pasaría una vez en los interrogatorios. Así que el hombre se derrumbó. Cuando le preguntaron quien le había organizado dio mi nombre y cuando le apretaron para que dijera donde vivía, no tuvo más

remedio que indicarles el camino, aunque apenas lo recordaba puesto que sólo había estado en mi casa un par de veces en alguna reunión.

Era en pleno verano y mi mujer y mis hijas se habían ido a Francia a visitar a mi suegro porque yo no tenía vacaciones. Antes de irme a dormir preparé la fiambrrera como hacía siempre y metí los doce o quince *Mundo Obrero* que iba a repartir al día siguiente. A la una de la madrugada llamaron a la puerta y yo, medio dormido y en medio de la sorpresa, abrí la puerta sin preguntar. Ocho o diez policías entre agentes de la secreta y municipales se metieron de co-rrido en mi casa y la pusieron patas arriba para descubrir alguna cosa que no pudieran encontrar. En mi mesita de noche descubrieron una encíclica del papa Juan XXIII que me había pasado una prima hermana afirmando que se trataba de un texto social que debía conocer. No me atreví a leerlo, pero allí estaba, y eso sorprendió mucho a los policías, que no acababan de comprender cómo un comunista tenía un texto del papa para ser leído. Ya casi se habían convencido de que no tenía nada cuando uno de ellos abrió la bolsa preparada para el día siguiente. Allí estaban los periódicos del partido y ya tenían bastante para acusarme de propaganda ilegal y de asociación ilícita. Bajamos a la calle, me esposaron y me metieron en el mismo celular donde estaba mi delator. Cuando nos vimos, el hombre no sabía donde meterse y yo intenté disimular, explicar que sólo le conocía del trabajo y de hacía unos cuantos años... Y él no paraba de cuchichearme: perdóname, perdóname...

Llegamos a la Jefatura de Vía Layetana, a él le metieron en el calabozo y a mí me dejaron incomunicado, pero atiné a ver a unos cuantos compañeros del partido del Besós que también habían sido detenidos en una re-



José Fariñas y Jaume Valls, a finales de los 60, cuando entablaron contacto

dada. Y enseguida empezaron los interrogatorios. Yo insistía en que lo que decía aquel compañero no era cierto y que sólo nos conocíamos de la fábrica, pero en una de esas lo trajeron a mi presencia, lo intimidaron y le hicieron confirmar lo que ya había contado, de modo que era inútil que yo lo negara. Fue una indignidad lo que hicieron con él porque le humillaron de mala manera puesto que era muy consciente de que su debilidad había sido la causa de mi detención y todo eso, ante mis ojos. A pesar de la situación, yo lo seguí negando todo, por supuesto les aseguré que no pensaba decir nada más y fue ahí cuando empezaron los empujones, las palizas, los puñetazos, las patadas, las ruedas de policías que se turnaban para golpearme, para tirarme al suelo y levantarme en volandas... Yo había tenido en aquellos años algunos ataques epilépticos y me medicaba de forma controlada, lo que no fue obstáculo para que me arrebataran la medicación que llevaba conmigo.

Y llegaron las corrientes. Corrientes en los ojos, corrientes en los dedos... me produjeron un ataque de epilepsia hasta que de nuevo me recuperaron. Al final sólo amenazaban, ya veían que no iba a decir nada, ya se daban cuenta de que me podían matar que no iban a sacar ninguna información.

En el partido te entrenan para esto. Te fortalecen ante la adversidad, pero el dolor es

sólo tuyo. Unos meses antes nos explicaron el caso de un compañero. Su nombre auténtico —me faltaban sólo unas semanas para conocerlo en persona— era José Fariñas. Estuvo 25 días detenido en comisaría durante el Estado de Excepción. Tuvo más suerte que el estudiante Enrique Ruano —que en enero de 1969 fue herido de bala y arrojado después desde una ventana en comisaría—, pero no se salvó de la violencia desatada de la BPS. Pese a que le molieron a palos, no dijo una palabra. Y tuvieron que dejarle por imposible. Su acción se convirtió en un ejemplo para todos nosotros y el recuerdo de su resistencia alimentó la mía.

Pasadas las 36 horas en comisaría ingresé en la Modelo por segunda vez en pocos meses. Allí conocí a Fariñas que llevaba ya 4 o 5 meses cumpliendo condena y a otros detenidos que entonces no eran muy conocidos pero que con el tiempo tendrían serían algo más populares, como Jordi Borja, Solé-Tura, Alfonso Comín, etc. Yo estuve todo el tiempo en la cuarta galería con Borja y Solé Tura —mientras que Fariñas y Comín estaban en la primera— y me pusieron en la misma celda con otro compañero de l'Hospitalet —él no era militante del PSUC porque pertenecía a la izquierda radical independentista— que era Pep Ribas, con el que después he mantenido una estrecha relación. Allí conocí, e hice amistad, con otro detenido trotskista que era pin-

tor, Francisco Cuadrado. Un retrato al carbón que me hizo entonces, permanece colgado en la pared del comedor de mi casa, en recuerdo de aquella amistad y de aquellos años de penuria...

Cuando pusieron en libertad a Pep Ribas, compartió celda conmigo Jordi Borja —al menos un par de meses— que fue un activo dirigente de Bandera Roja junto con Solé Tura hasta que en el 74 se incorporaron de nuevo al PSUC de la Transición⁶. Allí se hicieron un montón de reuniones de gente de izquierda —algunos del partido— y en muchas de ellas estábamos todos, los sindicalistas y la gente que provenía de la Universidad hasta que, en cierto momento, los Borja, Tura y compañía nos dijeron a unos cuantos que no hacía falta que fuéramos a más reuniones. Seguramente no dábamos el nivel, ellos hablaban del Marx teórico, del socialismo como objetivo científico, de las tácticas y de la estrategia y nosotros éramos la gente que repartía los papeles, que hacía asambleas, que convocaba huelgas y que no sabíamos demasiado de marxismo, lo justo de leninismo y casi nada de trotskismo o de maoísmo, por lo que nuestras intervenciones, pocas y muy irregulares, hablaban casi siempre de cuestiones prácticas, más técnicas que de fondo. Allí vi claro que todos éramos compañeros, pero que de algunos nos separaba un abismo. Ya habíamos tenido la experiencia de Miguel, el enlace del Comité Central, que había tenido mucho crédito moral como miembro de la dirección, y que, como

6. Jordi Solé-Tura i Jordi Borja eran en esos años fundadores y miembros de la dirección de la Organización Comunista de España Bandera Roja, una escisión del PSUC del año 1968. Ambos universitarios y muy conocidos como líderes de la organización, se reincorporaron al PSUC en 1973.

perteneciente al Grupo Unidad universitario, encabezó la escisión del 67. Él y los de su grupo no tuvieron ningún reparo en aprovecharse del crédito que tenían para intentar manipularnos en su momento. Y ahora veíamos a los intelectuales, del nuestro o de cualquier otro partido, que necesitaban reunirse solos porque nosotros les suponíamos un engorro. Allí nació una cierta desconfianza hacia la gente que hablaba muy bien pero que actuaba menos bien, y que tantos problemas futuros —la desconfianza, claro— nos generó a todos. Y eso, que nosotros entendimos desde el primer momento aquella estrategia política del partido en la Transición, que pugnaba por la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura: estábamos convencidos de que el trabajo de los intelectuales era fundamental para avanzar, pero también veíamos con recelo el papel dirigente e inspirador, cada vez más elitista, que se reservaban.

Con Fariñas, en cambio, que también era un universitario asturiano que había llegado a Barcelona para licenciarse en Económicas y sobre el cual había una aureola de admiración por su resistencia en comisaría, todo fue mucho más sencillo. Enseguida congeniamos, y en ningún momento hubo esa sensación de estar por encima de los demás, ni de palabra, ni de obra. Fariñas era capaz de debatir con cualquier intelectual del partido de igual a igual, pero escuchaba y daba una gran importancia a nuestras preocupaciones más básicas. Con él te sentías arropado y comprendido y yo no dudé un instante en localizarle, una vez saliera de la Modelo para tenerle bien cerca.

Recuerdo que en esos días me llegó la noticia del embargo que el Estado había hecho sobre mis propiedades, especialmente sobre el piso donde vivíamos que, junto a los mue-



Las parroquias, en l'Hospitalet, dieron un importante soporte a la lucha reivindicativa de los trabajadores. En la imagen, la de Sant Josep, al frente de la cual estaba Mossen Leandre Gassó

bles y la TV, era todo cuanto teníamos, embargo que yo siempre he considerado una venganza policial por mi terquedad a la hora de confesar. Pues bien, un día Solé Barberà me anunció que, conociendo mi situación económica apurada, me harían llegar 40.000 ptas. provenientes de la solidaridad, para mitigar nuestros agobios familiares. Confié en su palabra, claro, pero las 40.000 ptas. de entonces todavía no han llegado a su destino. Hechos como este refuerzan la idea de que hay gente que compromete su palabra y no para hasta cumplirla, y gente olvidadiza que promete y, que, si no puede cumplir, ni siquiera se esfuerza por explicarse.

Salí por fin de la Modelo, una fría noche de enero. En la puerta, aparte de mi mujer, estaba Miguel Núñez, a quien aún no conocía, y compañeros del partido de l'Hospitalet, entre ellos Felipe Gómez y Mercè Olivares. De estas cosas no te olvidas. Y muy pronto, hablamos de cómo reorganizar el partido en l'Hospitalet porque nos parecía que la situación ya estaba suficientemente madura como para tener una célula propia y una estructura más o menos estable.

Por cierto, que hablar del partido en l'Hospitalet implica necesariamente hablar de

la Iglesia en la ciudad, ya que sin la ayuda de muchos párrocos hubiera sido muy difícil coordinarnos y extender la lucha antifranquista. Una de las parroquias más activas en este período del final del franquismo fue la iglesia de Sant Medir, en la Bordeta, que pertenecía al barrio de Sants en Barcelona. Allí se fundaron las Comisiones Obreras de Catalunya y allí se hicieron muchas reuniones. Fruto de esta actividad solidaria de los cristianos progresistas se fueron sumando muchas iglesias. En l'Hospitalet, probablemente por una cuestión de proximidad, se pudo contar muy pronto con la parroquia de Sant Isidre, donde también se reunían las incipientes comisiones obreras de Barcelona, y prácticamente en el mismo período, con la de Santa Eulàlia, donde había un arcipreste, el párroco Jaume Medina, que nos abrió las puertas de par en par, gracias al contacto, creo recordar, de Jaume Botey. Medina no era un párroco cualquiera. Había estudiado teología en Roma y estaba muy influido por la política social del papa Juan XXIII. Aquello demostraba que no sólo nos eran próximos los párrocos jóvenes, cercanos a la problemática obrera de los barrios más populares, sino que también estaba con nosotros gente que parecía bien relacionada con la je-



Imágenes de la construcción de la Casa de Reconciliación en Can Serra y de las fiestas populares que se organizaron durante las obras. En las fotografías de la izquierda, los obreros de la construcción que la edificaron a ratos libres. En la de arriba se pueden ver a Antonio Ruiz y a José Fariñas, con otros compañeros albañiles, y en la de abajo a Jaume Valls, entre otros

rarquía católica. Muchas de las reuniones de aquellos años en l'Hospitalet se hicieron en los locales de esa parroquia: las reuniones de diversos Primeros de Mayo —incluida la de la detención de 1968—, muchas reuniones sindicales de coordinación de acciones, la de adhesión a la Asamblea de Catalunya...

Más tarde pudimos conseguir también locales en la parroquia de Sant Ramon en Collblanc, cuando apareció por allí mossén Breu que había sido vicario en Sant Medir y ya sabía de que iban estas cosas, y también en la parroquia de Sant Josep, donde estaba mossén Leandre Gassó, escenario de muchas reunio-

nes de CCOO y lugar elegido para conmemorar el X aniversario de la fundación de CCOO, en el año 76, todavía en medio de una cierta clandestinidad. Pero si hubo un lugar especial por lo que respecta a la actividad antifranquista en l'Hospitalet, ese fue Can Serra. No sólo porque allí existía una comunidad de escolapios muy activa y muy avanzada socialmente, una comunidad de vecinos que muy pronto hegemonizó la lucha vecinal junto con Collblanc i Bellvitge y activó mucho la vida del partido en la ciudad, sino porque mucha gente de comisiones obreras de la construcción nos pusimos de acuerdo para edificar, a ratos li-

bres y sin gasto alguno de mano de obra, lo que iba a ser la iglesia del barrio pero, sobre todo, un lugar de formación, integración, encuentro y politización. Lo que se bautizó entonces como Casa de Reconciliación, y que se convirtió muy pronto en un espacio de libertad prácticamente sin igual.

Cómo llegamos los militantes del partido a Can Serra, tiene mucho que ver con lo que ocurrió tras aquella detención del año 68 en Santa Eulàlia, que luego se profundizó a raíz de la caída del año 69. La gente del Besós que estuvo detenida con nosotros, hablaba maravillas de un cura obrero que vivía en el Camp de la Bota en medio de la miseria del lugar y del momento. Se llamaba Botey y era muy popular entre los obreros más politizados y sensibles, y yo solo lo llegué a conocer en Madrid cuando fuimos juzgados por el Tribunal de Orden Público. Un día que estaba trabajando yo en una obra en Sants, uno de los compañeros de trabajo comentó que su mujer hacía la limpieza doméstica en una casa de tres o cuatro curas de Can Serra.

Aquello me llamó la atención de inmediato porque el compañero explicaba que se trataba de cristianos de izquierdas y aquella era una buena oportunidad para ampliar la localización de espacios de reunión. Cuando además me dijo que uno de aquellos curas se llamaba Jaume Botey, ya no me lo pensé dos veces: tenía que ir a verlos. Aquella misma tarde quedamos en casa del compañero, que nos acompañó a la casa de los escolapios de izquierdas, y allí conocí a Botey, a Andreu Trilla que era de Balaguer, a la Mercè Romans, en fin, a toda la comunidad. Y supe que este Botey era justamente —como suponía— el hermano del Botey del Camp de la Bota que tanto carisma tenía, por lo que inmediata-

mente se creó un vínculo de confianza y solidaridad que duró muchos años.

De esa relación estrecha surgió la posibilidad de construir entre todos lo que tenía que ser iglesia de Can Serra y bastante más. Y se hizo, como he comentado, trabajando los fines de semana y algunas tardes después de la jornada laboral. Y aquello no fue del todo fácil. Los jóvenes de entonces en el partido tuvimos que limar las reticencias de algunos veteranos a los que costaba entender que el partido no sólo tuviera que dar apoyo a los cristianos, por muy progresistas que fueran, sino que sus militantes se avinieran a construir iglesias, como íbamos a hacer nosotros. De nada servía poner el ejemplo de gente como el Botey del Camp de la Bota o los párrocos que nos dejaban locales, ni siquiera explicar que aquellos locales iban a servir para hacer misas y repartir los sacramentos, pero sobre todo para hacer escuelas de formación política, escuelas de alfabetización y capacitación obrera y vecinal, actividades culturales o reuniones políticas bajo la cobertura de la misma Iglesia.

Costaba entender que los comunistas tuvieran que reconciliarse con un enemigo tradicional que ahora parecía haber cambiado de bando, tanto como costó en el 56 asumir la política de Reconciliación Nacional que propugnaba el partido. Pero, una vez más, lo conseguimos, y la Casa de Reconciliación fue ejemplo de solidaridad y, como su nombre ponía de manifiesto, de lugar de encuentro entre los comunistas y los cristianos de progreso que predicaban una sociedad más justa y libre y que les iría llevando con el tiempo, la experiencia y nuestro ejemplo, hacia fronteras más comprometidas, el socialismo democrático y el ideario comunista.

Para entonces, José Fariñas, al que había conseguido —tras la salida de la Modelo— convencer de que nos tenía que ayudar en l’Hospitalet previa consulta y acuerdo con Miguel Núñez, ya era el responsable político de nuestra célula y ya podíamos contar con una organización que no sólo difundía el periódico, los materiales, las consignas, sino que comenzaba a elaborar estrategias particulares con cierto éxito. Por ejemplo, la Casa de Reconciliación, pero también la adhesión del partido de l’Hospitalet a la Asamblea de Catalunya que se constituyó en noviembre de 1971 y que supuso un trabajo interno para dar a conocer a las empresas, a las entidades de la ciudad y a distintos sectores de profesionales y del mundo de la cultura, las propuestas de la *Asamblea* y cómo extenderlas. Y, sobre todo, la estrategia encaminada a impulsar el movimiento obrero en las fábricas y el ciudadano de las asociaciones de vecinos en los barrios.

Acababa de terminar el año 1970 tras un agitadoísimo Proceso de Guerra en Burgos contra 16 militantes de ETA para los que se pedía 6 penas de muerte y más de 750 años de cárcel, y el régimen seguía intentando mostrar una fortaleza que ya hacía tiempo que estaba perdiendo. Pero se resistía a declinar y seguía reprimiendo con la misma mano dura de siempre. La enfermedad de Franco de 1969, su acusado Parkinson y la debilidad creciente del régimen surgido de la guerra civil, llevan al general a nombrar por primera vez un presidente de gobierno en la figura del almirante Carrero-Blanco y a proponer al príncipe Juan Carlos la sucesión de la Jefatura del Estado con el título de rey. Todo esto en muy pocos meses. Los suficientes como para evidenciar que el Movimiento sin Franco no tiene perspectiva y que Franco no será eterno. Los primeros indicios

vienen de la mano de los mineros asturianos desde 1964, pero no van a ser los últimos. Los estudiantes universitarios están en pie de guerra y la politización hace mella en sectores donde hace cuatro días era impensable: en las iglesias, en los barrios, no digamos ya en las empresas; entre los abogados, cada vez más proclives a la defensa de los trabajadores y de los antifranquistas en general. Como colofón, la propia prensa y cada vez más la radio, se convierten en portavoces del descontento, de las ansias de libertad. El país, relativamente encendido en esas fechas, aunque de forma todavía muy minoritaria, ya no descansará hasta el cambio de régimen. Un cambio con muchas dificultades y demasiadas lagunas para los comunistas que esperábamos muchas más cosas de la Transición.

Los ánimos estaban pues, bastante exacerbados, y quizás el aspecto más significativo tenía que ver con la progresiva pérdida del miedo que se observaba entre los trabajadores, en los tajos y en los barrios, y allí donde se pudiera expresar un descontento social que duraba décadas.

Fue en 1970 cuando se oficializó de alguna manera la Coordinadora del ramo de la Construcción de Comisiones. Allí estábamos, Francisco Liñán, los hermanos Romero (Manuel y Luis), Miguel Pachón, Padilla, Juan Gómez, Paco Muñoz, Rafael Parra, Felipe Cruz y yo mismo, más otros cuantos camaradas que venían de Lleida, de Blanes, de Girona, de Tarragona, de Sant Feliu, etc. Por aquel entonces, el sector de la Construcción, en pleno auge por la gran demanda de viviendas que había —existían barrios de barracas todavía en muchas zonas de Barcelona y un nivel de emigración enorme de gente que llegaba de Andalucía, de Extremadura, de Murcia o de



La familia al completo en 1970 en la Avenida del Torrent Gornal

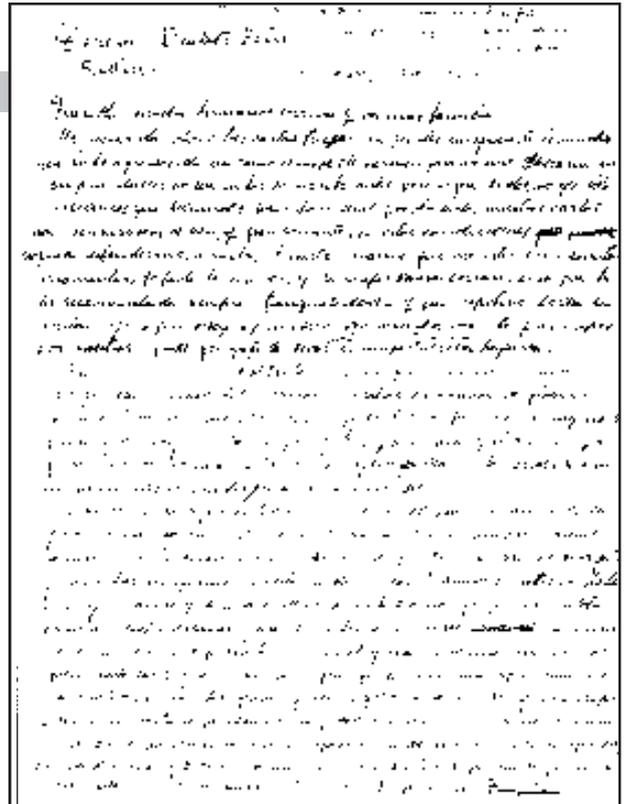
Aragón— funcionaba sin contratos fijos, con contratos de obra, de modo que al finalizar una obra te podían despedir sin más. Algunos obreros eran nuevamente contratados en otras obras, pero todo en función de como te portaras. Por supuesto que los dirigentes sindicales eran los primeros en ser despedidos. Además, había un buen número de medianas empresas, de modo que la inestabilidad era total y la posibilidad de organizar a los trabajadores muy complicada. Muchos, además, eran empresarios prestamistas que ni siquiera daban de alta en la Seguridad Social, solo cuando te ponías enfermo o tenías un accidente. Se trabajaba a destajo en la mayoría de ocasiones, con primas que nadie regulaba y, por supuesto, apenas había medidas de protección. En muchas obras no había comedores, ni vestuarios, ni apenas servicios y desde luego, el sindicato vertical protegía muchísimo más a los empresarios que a los trabajadores.

Por todas estas razones, nuestra Coordinadora fue de las últimas en montarse, porque el sector era inestable en el número de empresas y de trabajadores y porque los dirigentes eran despedidos constantemente, aunque como había mucha demanda, enseguida íbamos encontrando trabajo. Por otro lado, en el vertical no había ni una Ordenanza Laboral que regulara el oficio de paleta, ni por supuesto existía ningún tipo de convenio de sector. Se cobraba el salario base regulado y unas primas en función del criterio del capataz. También, de acuerdo con tu comporta-

miento personal, te podían conceder horas extras, o facilitarte destajos. Pero también solía pasar todo lo contrario, para que estuvieras agradecido al jefe de obra y no te metieras en reivindicaciones. El horario era de 48 horas semanales, sin contar las extras, y por supuesto no tenías vacaciones ni días libres para cualquier gestión, porque no tenías más que un contrato por obra que vencía, no solo cuando la obra acababa sino cuando, a juicio del capataz, tu trabajo había concluido.

Todo el movimiento sindical que se produjo entre el 64 y el 70 en el ramo de la construcción se dirigió sobre todo a conseguir una estabilidad laboral en el sector. Y hay que decir que la lucha fue tan dura que los propios empresarios estaban de acuerdo en regular de alguna manera las condiciones para asegurarse la finalización de las obras, que se interrumpían y se conflictivizaban de tal manera, que las pérdidas de los promotores empezaban a ser significativas. Así fue como a finales del verano de ese 1970 se consiguió una primera Ordenanza Laboral, la verdad es que muy precaria, pero que por lo menos contemplaba tres tipos de contrato: uno eventual, uno fijo de obra y otro fijo de plantilla, con una regulación de jornada a 45 horas y, en el caso de los paletas y peones, dos semanas de período de prueba. En el contrato eventual, el período de prueba coincidía con el de vigencia y era de 120 días, de modo que con ese contrato, en cualquier momento te podían despedir.

Copia de una de las cartas de Jaume enviada desde la cárcel Modelo a su madre en Bellvís, donde le dice que no había escrito antes porque pensaba que iba a salir pronto, le pide que se cuide y le explica, entre otras cosas, su vida en la prisión



Conseguir la Ordenanza Laboral fue un gran éxito, pero en la práctica resultó un absoluto fracaso porque en el convenio del sector que se había firmado ese mismo año, todo lo que incluimos los dirigentes de Comisiones se excluyó en la plataforma. De modo que no hubo más remedio que llamar a la huelga del sector, especialmente en solidaridad con nuestros compañeros, primero de Sevilla y después de Granada, que habían sido duramente represaliados. La huelga se convocó finalmente en noviembre de ese año, concretamente el día 3. También en nuestra Coordinadora se produjeron detenciones ese mismo año además de algunas bajas por traslado o por represalias como fue el caso de Manuel Romero, que estaba buscado por la policía y optó por exiliarse. La gente de la Coordinadora que nos mantuvimos fuimos, sin embargo, muy constantes y yo diría que incluso sacrificados, porque nuestra disponibilidad era absoluta, no solo para coordinar nuestras reivindicaciones en las distintas empresas sino para colaborar con las

reivindicaciones de otros ramos, para hacer carteles, para repartirlos, etc. Y para poner dinero... cuando era necesario (que lo era muchas veces).

Todo ese clima de conflictividad a flor de piel lo viví de una manera especialmente significativa en las obras de Dragados para edificar la Residencia de Bellvitge. Se trataba de una obra de envergadura para la época y necesitaban mucha mano de obra de diferentes especialidades. Con la experiencia de los tajos precedentes, la tarea de organización de los trabajadores fue inmediata y muy exitosa desde prácticamente el primer día. Las condiciones, como es posible imaginar, eran pésimas: no teníamos comedores, ni espacios decentes donde cambiarnos y el trabajo seguía unos ritmos que provocaban que la mayoría de trabajadores optáramos por el destajo porque se trabajaba más o menos igual, pero se cobraba bastante más. Como en las otras obras, la masificación de obreros permitía un contacto muy directo y muy abierto. El Mundo



La Residencia de Bellvitge todavía en obras. Arriba, un grupo de los obreros que la construyeron el día de la finalización de las obras, entre los que se encuentra Jaume Valls

Obrero circulaba sin problemas y muchos sabían cuál era su procedencia, pero como allí todos trabajábamos al mismo ritmo y todos sufríamos las mismas penurias, la confianza era muy grande y el nivel de colaboración y solidaridad como no he conocido en ningún otro lugar. Hacíamos asambleas diarias a la hora del almuerzo casi sin necesidad de convocarlas, de modo que la confección de una plataforma reivindicativa de 10 puntos salió prácticamente de manera espontánea. Allí pedíamos de todo: un comedor en condiciones, unos vestuarios decentes, un importante incremento salarial... Allí coincidimos unos cuantos comunistas, Avelino, Pantaleón y otro obrero andaluz que ya estaba perseguido y al que propuse que se incorporara con nosotros... pero a mí, “el catalán”, me conocían bien porque hablaba en todas las asambleas y cumplía como el que más en el trabajo. Eso hizo que la asamblea me tuviera una enorme confianza y que me eligieran como portavoz de la comisión negociadora de cinco miembros que se eligió para discutir la plataforma reivindicativa con la empresa.

El combate para conseguir que nos hicieran caso fue laborioso: hacia el mes de junio recogimos firmas para que se viera el compromiso de los trabajadores con lo que se solicitaba. Después de dar varios plazos a la empresa sin que sirviera de mucho, convocamos media hora de huelga simbólica al inicio de la jornada en un día prefijado, pensando que con esa acción de fuerza ya tendríamos suficiente. Ese día, unos 80 trabajadores secundamos la protesta no saliendo de los barracones de la empresa hasta el momento de incorporarnos a la obra, media hora después del inicio habitual. La respuesta de la empresa fue contundente pero muy torpe: despido fulminante de los cinco miembros de la comisión y de todos los trabajadores que no se habían incorporado al trabajo. Cuando nos estaban notificando el despido, la empresa descubrió que otros 400 trabajadores, que sí se habían incorporado a sus puestos desde el comienzo de la jornada laboral, habían dejado de trabajar. No tuvieron más remedio que echar marcha atrás y derogar las órdenes de despido. Quince días más tarde, un viernes sin previo aviso, la empresa comunica por sorpresa

Un grupo de obreros de la construcción de la Residencia, tras una de las muchas asambleas. La foto fue tomada por Jaume Valls



los despidos de los principales participantes para evitar así la solidaridad del resto de la plantilla. No pueden impedir, sin embargo, que el lunes siguiente 1 de septiembre, todos los despedidos acudamos a nuestros puestos de trabajo, donde se pone de manifiesto que no nos dejan acceder a las instalaciones. El resto de la gente entra, pero nadie se pone a trabajar y la empresa solicita la presencia de la policía. Unas cuantas dotaciones de grises (unos 400 policías) rodean la Residencia y ponen vallas para impedir la entrada de los que ellos llamaban cabecillas de la revuelta, pero tras una tensa espera, cientos de trabajadores llegan hasta donde estamos los despedidos y nos llevan en volandas hasta las oficinas de la empresa. Como consecuencia de esta acción, la empresa cedió en todos los terrenos, abrumada por la respuesta y consciente de que la única manera de no atrasar más las obras pasaba por llegar a acuerdos con los trabajadores. Se consiguió un comedor en condiciones donde se servía un menú a precio ajustado, unos vestuarios adecuados a las necesidades y que nos pagaran la hora de trabajo al mismo precio que se venía pagando la hora de destajo (lo que supuso un aumento del 40% lineal para todos los salarios), además de múltiples puntos de justicia. A lo único que hubo que renunciar fue al cobro de los días de huelga pese a la provocación que había supuesto despedir a los representantes de los trabajadores elegidos en asamblea y a quienes se hicieron eco

del llamamiento de protesta. La respuesta de la plantilla, como era de esperar, estuvo empapada de responsabilidad y, terminado el conflicto, se siguió trabajando al mismo ritmo que se venía haciendo.

La victoria de los trabajadores de la Residencia de Bellvitge fue un hito para los trabajadores de la construcción. La prensa puso de manifiesto la contundencia de la respuesta y el valor de la unidad solidaria, y tras las explicaciones del esfuerzo organizativo que destacaban los periódicos, se veía la eficaz mano de CCOO en la clandestinidad. Los cinco miembros de aquella comisión adquirimos prestigio y experiencia y el partido acabó vanagloriándose de aquel éxito que había sido de todos, pero que estaba basado en la democracia asamblearia, en la confianza hacia los dirigentes obreros surgidos de la propia base y en el valor de la unidad.

Poco tiempo después, los medios de prensa recogieron de nuevo la protesta de una parte de los trabajadores por las deficiencias en seguridad y publicaron la fotografía de algunos de nosotros colgados de los andamios de una de las torres. Ese día estábamos rebozando la fachada y poniendo azulejos a una altura de ciento y pico metros, con unos andamios que se movían a causa del fuerte viento y que provocaban un riesgo considerable pese a los cinturones de seguridad que llevábamos. Seis cuadrillas nos colgamos en la planta 17 reclamando una mejora en la seguri-

dad y un plus de altura si debíamos trabajar en aquellas condiciones que daban vértigo. El aparejador de las obras, que nos vio, se enfrentó conmigo conminándome a bajar con muy malas palabras y yo, en medio de la refriega, hice ademán —sin tocarle— de pasarle un cinturón de seguridad por la cara, cosa que le sentó muy mal. Apenas había bajado el aparejador cuando hizo acto de presencia el encargado para anunciarnos, de nuevo, el despido inmediato. Un rato después bajamos, y yo fui a ver al director general que ya me conocía y que se avino a olvidar el incidente con una sanción de un día de empleo (60 ptas.).

Hasta la finalización de las obras apenas hubo más conflictos, pero aquella fue una escuela de combate y de solidaridad que tuvo que servir a muchos para afianzar su sentimiento de clase y su perspectiva de una sociedad más libre y justa. Meses más tarde, allí mismo en las obras de la Residencia, se iban a poner de manifiesto activamente estos valores: tras las duras inundaciones de noviembre de 1971 en el Baix Llobregat, se recogieron fondos para las familias más necesitadas, gesto que se reprodujo algo después para amparar la resistencia de los trabajadores de la Roca Radiadores también en huelga. También se paró dos horas en solidaridad con los obreros de Seat en conflicto, tras la muerte de Ruiz Villalba en la factoría a manos de los grises.

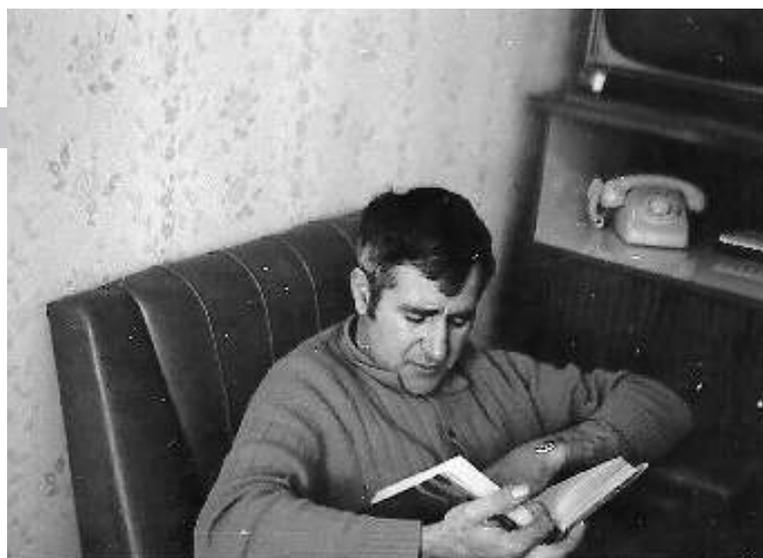
Y una acción de la que me siento reconfortado y agradecido con mis compañeros de entonces. Por estos mismos días recibí una notificación de la Comisaría de Collblanc para que me presentara urgentemente sin explicarme las causas. Como yo me temía lo peor, que me detuvieran por lo que ellos llamaban “alborotador”, alargué cuanto pude la comparecencia hasta que recibí la tercera notificación en muy

pocos días. Era tal la sensación de angustia, que opté por pedir consejo a los párrocos Medina y Breu para que si, al fin se producía la detención, hicieran todo lo posible para explicar la injusticia y amparar a mi familia. Se ofrecieron para acompañarme a la cita y salir de dudas y también para que no me sintiera tan sólo. Sus palabras, finalmente, me hicieron meditar: de hecho, en aquellas circunstancias era imposible que me sintiera sólo. Hacía muy poco tiempo de las muestras de solidaridad de la Residencia y pensé que, si se atrevían a detenerme por las buenas, algunos de mis compañeros del tajo iban, sin duda, a responder y a explicar mi situación. Así que opté por acudir a Comisaría con mi mujer, sin despejar la enorme inquietud por lo que me esperaba.

Lo que me esperaba eran las burlas de los policías por mi temor. “¿Así que no querías venir, ¿eh? ¿Tenías mucho miedo de que te detuviéramos? Pues mira... esta vez no te vamos a detener, pero te vamos a dar una sorpresita: una factura de diez mil pesetas que vas a tener que pagar...” Era la notificación de una multa por las anteriores detenciones que me aplicaba, por asociación ilegal, el gobernador civil de Barcelona, Tomás Pelayo Ros.

Era una multa impagable, claro está. En mis circunstancias de obrero de la construcción era imposible hacer frente a ese capital, muy elevado para la época. Y ellos lo sabían, de modo que una multa de esas características quería ser un notable escarmiento para cualquiera que dependiera de un salario. Opté por explicar el caso a mis compañeros de la Residencia y en tres horas, aquel mismo día, duro a duro, peseta a peseta, se recaudaron, entre toda la plantilla, más de 13.000 pesetas del momento. Otra muestra de solidaridad extraordinaria que ponía de relieve los valores de clase

Jaume leyendo en su casa. Eran los tiempos de las clases de Sacristán en Can Serra. Jaume aprovechaba muchos ratos libres para leer y, con el tiempo, también para escribir



que tanto hemos defendido. Esta vez fue por mi y jamás se lo agradeceré bastante a mis compañeros. Por cierto, que aquellas diez mil pesetas que se pagaron entonces con el dinero solidario, se me devolvieron tres años más tarde cuando Pelayo Ros dejó pasar a Rodolfo Martín Villa como gobernador civil, quien perdonó las multas impuestas y devolvió el importe. Esa cantidad, que gestionaron entonces los abogados laboristas del partido, sirvieron para hacer frente a otras necesidades de resistencia. Para entonces yo ya no trabajaba en la Residencia y no podía devolver aquel dinero a quienes lo entregaron que, con toda seguridad, tampoco lo habrían aceptado. De hecho, aquel dinero anónimo es el mismo dinero de todos los bolsillos solidarios que anda circulando sin cesar por nuestro mundo, cubriendo las necesidades y las injusticias que provoca una sociedad que hemos intentando cambiar, sin regatear esfuerzos ni gestos, quienes nos sentimos deudores de la utopía socialista.

Y es que lo que se hizo entonces en la Residencia fue, con la perspectiva actual, un paso extraordinario de concienciación. Hay que imaginarse lo que representaban asambleas diarias que llegaron a reunir a más de 500 personas en el comedor recién conquistado a la empresa, donde todo el mundo hablaba, donde se opinaba abiertamente y

donde se tomaba conciencia de la falta de libertad, de la falta de democracia, de la indefensión de los trabajadores en el sindicato vertical. Y todo esto sin que hubiera una dirección demasiado nítida. Los compañeros iban sabiendo que allí había unos cuantos comunistas de partido, gente que habíamos sido represaliados y detenidos por defender la libertad sindical, sonaba ya aquello de Comisiones Obreras y nosotros discutíamos en el partido cómo actuar frente al trabajo de masas en la empresa. Yo era díscolo frente a las consignas del partido que proponían una estructura sindical rígida y fuerte. Yo no veía posibilidades de estabilizar a un grupo de compañeros que representaran a todo el colectivo de manera permanente, aunque hubieran sido elegidos en asamblea. Me daba la sensación de que los compañeros se fiarían más de una representación rotatoria que pudiera ser elegida a cada nuevo conflicto con la empresa. Es verdad que los comunistas siempre estábamos al frente y que yo era muy conocido en el colectivo, pero siempre defendí incorporar a nuevos compañeros a las responsabilidades de representación, aunque no quisieran comprometerse con el partido o con el sindicato. Conseguí que en el partido me tachasen de anarquizante y me acusasen muchas veces de ir por libre. Y es verdad que, en cierto sentido iba por libre, porque



Jaume Valls durante una asamblea de trabajadores en estos años, en la Casa de Reconciliación de Can Serra. Fechada en el reverso en 1976. Archivo del autor

lo que a mi me interesaba era crear un estado de ánimo de revuelta mucho más que una estructura de dirección que acabara asumiendo las consignas del PSUC. Unas consignas que nos llegaban de arriba y que disciplinariamente asumíamos y difundíamos con mucha mayor fluidez que al revés: las propuestas de los tajos, las dudas que se generaban, apenas ascendían hacia los órganos de dirección donde yo mismo reconocía que era imprescindible que se debatiera y que se elaborara.

Estas dificultades yo las había discutido muchas veces con Fariñas, al que cada vez tenía más confianza pese a que era un disciplinado hombre de partido que se vanagloriaba de aplicar a conciencia el centralismo democrático: esto es, discutir lo que hiciera falta en el interior del partido, llegar a conclusiones más o menos de consenso y a partir de aquí aplicarlas sin titubeos. Y él siempre me decía lo mismo: los obreros tienen garantizada una buena parte de razón con su experiencia diaria, pero es imprescindible el conocimiento científico, la elaboración táctica

y estratégica, el debate abierto de las ideas y después la aplicación de las propuestas. Por eso, terminada la Casa de Reconciliación, llegó el reto de llenar de contenido aquellas paredes que no habían sido pensadas solamente para iglesia sino como espacio de concienciación, de formación y de debate. Y así fue como, producto de esa necesidad de formar a los cuadros obreros, Fariñas contactó con el profesor y filósofo Manuel Sacristán que se avino a darnos clase de formación marxista para completar nuestro bagaje.

Experiencia, por cierto, frustrada por nuestra culpa, desaprovechada impunemente, de lo cual no podré acabar de arrepentirme nunca porque, a quien se le diga hoy que un intelectual universal de primer orden estuvo dispuesto a invertir un montón de horas de su tiempo para llenar de contenido teórico las experiencias prácticas de un montón de trabajadores casi iletrados como éramos entonces, no se lo podrá creer. Sólo por esa voluntad, por ese esfuerzo, habría que recordar a Sacristán como lo que fue: un comunista consciente

de que el partido requería obreros cultos y no sólo intelectuales brillantes.

Probablemente en ningún otro lugar como en la obra de la Residencia se puso de manifiesto la confianza en los comunistas. Un recuerdo concreto al respecto: después de las primeras escaramuzas con la empresa, el delegado territorial de Dragados, un tal Lluç, me llamó un día a su despacho para decirme que tenía sobre la mesa todo mi expediente y que sabía perfectamente de mi filiación comunista sin que esto significara que pretendiera despedirme, pero que debía aceptar que la empresa no se sentara en ningún momento a negociar nada conmigo, aunque fuera elegido representante de los trabajadores. Yo, consciente de mi fuerza entonces, le dije que ese sería el primer punto de discusión en la asamblea siguiente de los trabajadores: si yo podía o no podía sentarme a negociar con la empresa como portavoz de la plantilla. Y así lo hice. En la primera asamblea tras aquel encuentro en medio de más de 700 trabajadores, expliqué con pelos y señales lo que me había dicho el directivo: reconocí públicamente que era comunista, que estaba afiliado al PSUC y que era promotor de Comisiones Obreras, que había estado detenido en 1968 y después en 1969, que había sido represaliado y torturado y les espeté: “La empresa ha dicho que un comunista no puede ser un interlocutor válido. Vosotros tenéis la última palabra sobre eso”. Y hubo un pronunciamiento unánime, un cerrado aplauso y el apoyo del conjunto de los trabajadores que legitimaban aquella voz, al mismo tiempo que legalizaban de hecho la presencia del partido y de CCOO en la empresa. Y estamos hablando de 1970.

Por cierto, que como consecuencia de la huelga que hicimos, tuve una nueva citación

ante el juzgado de l’Hospitalet, esta vez, afortunadamente, sin consecuencias.

Mientras tanto, la vida del partido en l’Hospitalet crecía en intensidad —mucho menos en militantes— y empezábamos a proponer algunas iniciativas atrevidas: manifestaciones callejeras con la bandera roja y las siglas del PSUC, pintadas para el primero de mayo y recuerdo, en concreto, algunas reuniones sectoriales para preparar la delegación de l’Hospitalet en la Asamblea de Catalunya siguiendo las consignas del partido de extender al máximo las representaciones territoriales en el seno del organismo. Y también empezaron las primeras escaramuzas con el poder local, de la mano en aquellos momentos del retrógrado alcalde Matías de España Muntadas, digno representante familiar de una clase patronal caduca y reaccionaria con antiguas propiedades en la ciudad.

Por esos mismos años, yo viví de primera mano el conflicto de las contribuciones especiales en Collblanc, donde vivía. Muy cerca de mi casa, en un gran descampado al otro lado del torrente a cielo abierto y sin urbanizar que dividía La Torrassa de La Florida —el torrent Gornal— el ayuntamiento propuso construir un mercado que resultaba imprescindible para el vecindario porque los más cercanos (Collblanc y La Florida) estaban a más de un kilómetro de distancia y resultaban impracticables para las amas de casa de aquella zona. Cuando nos enteramos del proyecto, nos enteramos a la vez de que aquella obra que debía incluir también la urbanización de la zona, se iba a pagar en buena parte con un impuesto extra a los vecinos: las contribuciones especiales, ateniéndose a la mejora que aquellas infraestructuras iban a reportar para un vecindario que llevaba años sufriendo las incomodidades

y la baja calidad de vida del desatino frenético de una urbanización irracional.

Así que el tema se discutió en el partido, conscientes de que las contradicciones del franquismo no sólo estaban en el frente sindical y político, sino que afectaban, y de qué modo, a la calidad de vida de la gente en las zonas más degradadas de las ciudades metropolitanas. El resultado fue la propuesta de ir a buscar casa por casa a los presidentes de escalera de las calles más afectadas por las contribuciones especiales —Vallparada, Torrent Gornal, Mas, Llançà... — y convocarlos abiertamente a una reunión de vecinos para hablar del tema. Contactamos con unos 40 o 50 presidentes de escalera y les convocamos en la calle, frente al futuro mercado en construcción, pero en la primera ocasión apenas fuimos una docena, incluidos algunos compañeros comunistas de la misma dirección local. Volvimos a convocar de nuevo unos días más tarde y vimos que la sola presencia de un coche de la guardia urbana era suficiente para dispersar a los vecinos, por lo que, decidimos buscar un lugar cerrado donde todos nos pudiéramos reunir sin la preocupación de ser vistos y controlados. Propusimos la iglesia de Sant Ramón, pero algunos de los convocados anunciaron que no acudirían porque aquella iglesia tenía fama de dar cobijo a comunistas y gente antirégimen y, mientras debatíamos otra alternativa, a mi se me ocurrió enviar una carta al director de *Tele/Expres* porque su corresponsal en l'Hospitalet había publicado una información sobre las contribuciones especiales que no se ajustaba a los hechos.

Enric Company, el corresponsal citado, se presentó en mi casa la misma noche en que el director le había entregado la carta, consciente de que había localizado a alguno de los convocantes. Al principio hubo reticencias y

desconfianzas, más por mi parte que por la de él, pero enseguida vimos los dos que compartíamos la misma ideología antifranquista y de izquierdas, más allá de las afiliaciones concretas. A partir de ese momento, Company, y el grupo coordinado de periodistas que se fueron incorporando como corresponsales a los periódicos de Barcelona, fueron unos magníficos altavoces de las luchas populares, sindicales y políticas de aquel momento que los vecinos, los trabajadores y los dirigentes políticos todavía clandestinos, promovíamos cada vez con más eficacia y capacidad.

Aquella misma noche, al conocer Company las dificultades para conseguir un buen lugar de reunión, discreto y amplio, donde poder convocar al vecindario, propuso que habláramos con el rector Breu de La Torrassa para que nos dejara una sala. Así lo hicimos junto con Felipe Gómez, y de aquellas reuniones en las que se fue consiguiendo poco a poco más participación, surgiría la primera o la segunda asociación de vecinos de l'Hospitalet, la de Collblanc-La Torrassa, que muy poco tiempo después tendría oportunidad de aumentar y consolidarse enormemente a raíz de la propuesta, fallida, de aprobar un plan parcial para Collblanc que creaba más afectaciones entre vecinos que ventajas urbanas.

Esto mismo que hicimos en Collblanc, se fue dibujando también en Bellvitge, en buena medida de la mano de los comunistas del PSUC, gracias a que Felipe Cruz y Pura Fernández eran unos veteranos militantes del partido que habitaban por entonces en unas barracas del barrio de La Bomba, al otro lado de la Gran Vía —donde hoy se alzan Gran Vía2 e Ikea— y que terminarían ocupando algunos bloques del polígono. De la mano de estos compañeros, del cura de la parroquia, Raventós, que ya

nos había ayudado fraternalmente durante el conflicto de la Residencia y nos había dejado locales donde reunirnos, y de unos cuantos vecinos concienciados y batalladores, nació la segunda —¿o fue la primera?— asociación de vecinos de la ciudad, la que luego se llamaría de Bellvitge Norte.

También en este punto tuvo algo que ver el alcalde España porque Felipe Cruz le conocía de antiguo ya que había sido su patrón en La España Industrial o en otra empresa del textil y allí le había expedientado por comunista. Cuando vivían en La Bomba le pidió una entrevista porque unos cuantos barraquistas habían constituido una cooperativa de viviendas y querían ser trasvasados a Bellvitge en bloque... Fuera porque sabía la gran capacidad de convocatoria de Felipe, fuera porque consideraba que se trataba de un rebelde con toda la causa del mundo, el caso es que consiguieron las viviendas que necesitaban y reivindicaban y su llegada a Bellvitge supuso, de hecho, un revulsivo para quienes les conocían y confiaban en su honradez y en su capacidad de lucha.

De hecho, teníamos ya una militancia organizada que vivía en La Torrassa, otra que vivía en Bellvitge y muy pronto se contactó con vecinos de La Florida, de modo que en los barrios de mayor presencia obrera teníamos una cierta influencia a la hora de organizar y de convocar. Una de las primeras asociaciones de vecinos fue la de Collblanc-Torrassa pero muy pronto el núcleo que se movía alrededor del Centro Social de La Florida y la gente de Bellvitge que conocían a Pura y Felipe, más los que se movían alrededor del Juan XXIII y más tarde del Club Infantil Juvenil, fueron articulando respuestas vecinales que convergieron en poco tiempo en la Asociación de Vecinos de La Florida y en la de Bellvitge Norte.

En ambas asociaciones muy pronto se pudo descubrir compañeros que provenían del socialismo y del sindicalismo ugetista o de la izquierda revolucionaria trotskista e incluso anarquista: los primeros en Bellvitge y estos últimos en La Florida y después en Pubilla Casas, aunque en muy poco tiempo se incorporaron antifranquistas activos que militaban en multitud de organizaciones más o menos minoritarias en la mayoría de las asociaciones de vecinos que se iban constituyendo en la ciudad.

La fundación de la Asamblea de Catalunya y su descentralización territorial significó un impulso decisivo al antifranquismo militante y consiguió que se unieran, en pro de un objetivo común, el todavía incipiente movimiento sindical de Comisiones Obreras, las primeras luchas vecinales, los núcleos de profesionales que empezaban a organizarse, los artistas e intelectuales más comprometidos, el movimiento feminista en alza, los estudiantes universitarios en plena convulsión, los curas obreros ya muy numerosos en ese momento, los cristianos por el socialismo especialmente activos, etc. Todo esto a partir de los primeros 70. Por lo que respecta a mi experiencia concreta, ahora era el momento de organizar y dar el impulso definitivo al movimiento obrero que estaba llamado a ser el motor del cambio revolucionario que defendíamos y, en ese sentido, la influencia sobre los trabajadores podía hacerse empresa a empresa como habíamos estado haciendo o bien como ya defendíamos muchos dirigentes obreros, sector a sector, camino obviamente mucho más interesante y rápido pero que obligaba inexcusablemente a implicarnos en el sindicato vertical y, al mismo tiempo, a ampliar, extender y profundizar la organización comunista.